



Tesoro de la Juventud

EL ENCUBRIMIENTO Y LA CAÍDA DE PERSIA

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Tesoro de la juventud

EL ENCUBRIMIENTO Y LA CAÍDA DE PERSIA

Del libro de los Países y sus costumbres

LOS CONQUISTADORES ASIÁTICOS A LAS PUERTAS MISMAS DE EUROPA
ENTRE las inscripciones pertenecientes a los siglos en que los grandes y poderosos «hijos de Asur» edificaban sus magníficas ciudades, formaban sus admirables bibliotecas y subyugaban a los pueblos vecinos, hállanse algunas alusivas a expediciones contra cierta potencia que de una manera constante había ido tomando incremento en sus fronteras.

«Peligrosos enemigos» les llamaban los reyes asirios. Pertenecían a la gran familia aria, de la cual descienden los pueblos europeos, y sus progenitores procedían del misterioso corazón de Asia.

Educados en la pobreza, de constitución vigorosa, y sin grandes necesidades, cayeron sobre las antiguas naciones del Asia Occidental -que se hallaban debilitadas a consecuencia de sus riquezas y de una larga época de prosperidad, cual desciende desde las heladas cumbres de las sierras sobre el caldeado valle la fresca y bienhechora brisa.

Algunos de los invasores establecieron entre la Asiria y el Mar Caspio, y se les conoce en la historia con el nombre de medos. El primero de sus reyes de cuya existencia no es posible dudar, fue Cijares, que se alió con Nabopolasar y acaudilló a los babilonios en la lucha final contra Asiria. Este mismo Cijares fue quien, en aquellos espantosos días de desolación y terror, tomó a Nínive, asestando un golpe de muerte no sólo a esta espléndida ciudad, sino al imperio del «rey de las multitudes». como Asur-bani-pal y otros solían titularse a sí mismos. A Nabopolasar, que fue el fundador de la nueva monarquía babilónica, tocóle en el reparto la parte Sur del imperio, en tanto que Cijares dilató las fronteras de la Media con la anexión de la Asiria, prosiguiendo sus conquistas hacia el Oeste, hasta tropezar con el reino de Lidia, en el Asia Menor.

Su sucesor, Astiajes, fue destronado por uno de los más ilustres generales que registra la historia del mundo, Ciro, quien condujo a los persas desde sus montañosas moradas de la Persia, por las orillas del Golfo Pérsico, a una serie de brillantes victorias.

Pertenecían los persas a la misma familia que los medos, porque los progenitores de ambos habían nacido en la atmósfera confortante de la meseta central, y se hallaban educados en la pobreza y las penalidades cuando emprendieron la marcha hacia el Oeste, viendo que un mundo más ancho y opulento les brindaba sus tesoros. Era Ciro vasallo de Astiajes, y después de la revolución que le dió el cetro de los persas y los medos, ambas naciones quedaron constituidas en una misma forma, y, prácticamente, formaron un solo pueblo.

EL OPULENTO CRESO Y EL INVENCIBLE CIRO

El genio de Ciro pronto hubo de impulsarle a extender los dominios del imperio medopersa por la parte occidental del Asia Menor. Había a la sazón en Lidia un rey tan opulento, que la expresión "tan rico como Creso" hízose proverbial (y ha llegado hasta nuestros días), para ponderar la fortuna de un hombre. Trabajó cuanto le fue posible para armar su país contra los invasores; pero sus aliados le hicieron traición, y Ciro se adueñó rápidamente de toda la parte del Asia Occidental bañada por los mares Mediterráneo y Negro.

Y después, unos 539 años antes de Jesucristo, le llegó a Babilonia su turno. Algunos de los cilindros de forma abarilada en los cuales se halla escrita la historia de Babilonia, se conservan hoy en el Museo Británico de Londres. Los correspondientes a Nabónidas, rey de Babilonia en la época en que Creso hacía esfuerzos inauditos para defenderse contra el invencible Ciro, hablan de las investigaciones realizadas en busca de noticias de los tiempos antiguos, de la edificación y reconstrucción de templos consagrados a los dioses, y de las preces que Nabónidas elevaba a estos últimos por sí mismo y por su hijo Belsazar o Baltasar.

¡Singular espectáculo! ¡El padre absorto en el estudio de la historia antigua y rindiendo culto a los dioses, y el hijo entregado a la molicie y el lujo, mientras el famoso Ciro, con su ejército, rodeaba sus formidables murallas, poniendo a contribución su poderoso genio para expugnar la capital!

UN EJÉRCITO QUE HIZO VARIAR EL CURSO DE UN CAUDALOSO RIO

Uno de esos cilindros refiere cómo pudo el conquistador lograr su objeto: las turbias aguas del Éufrates, que atravesaban la ciudad, fueron desviadas de su curso secular, y penetró en aquélla el ejército por el cauce mismo del río. Refiere también que los conquistadores entraron en la plaza sin combate, de suerte que la ciudad no sufrió los efectos de la lucha. Habla, además, del homenaje que le rindieron y el tributo que le pagaron sus habitantes y los de las regiones limítrofes, y de cómo Ciro captóse las simpatías del pueblo, restableciendo las imágenes de sus dioses en los templos a que pertenecían en otras partes del país. Los anales de este reinado y los de los sucesivos, dicen que la vida en la ciudad y en todo el país siguió siendo aproximadamente la misma que antes de la conquista de los persas.

El zumbido de la vida activa parece resonar en nuestros oídos cuando leemos en estos libros de arcilla las noticias referentes al comercio y la agricultura, a los préstamos y deudas, a las plantaciones de bosques de palmeras datilíferas, y a la manera como se enseñaba a los muchachos un oficio cualquiera, como el de panadero, tejedor, picapedrero, etc., con otros cien detalles, tan apropiados a la vida de hoy como a la de la época de Ciro.

La religión de los invasores difería mucho al principio de la de los babilonios y asirios. Era mucho más pura y simple, si bien con el transcurso del tiempo fue influida por las idolatrías de los pueblos más antiguos. Ormuz era, para ellos, el nombre de un gran dios que otorgaba a los pueblos la victoria, la seguridad y toda clase de bienes.

LOS SABIOS DE ORIENTE QUE ADORABAN EL FUEGO Y EL SOL

El ilustre Zoroastro enseñó a los medos y persas la tan famosa coma antigua religión de los pueblos del remoto Oriente, que adoraban el fuego y el sol como expresiones

supremas del Todopoderoso Gobernante del mundo. Los sacerdotes de esta maravillosa religión eran los magos, o sabios, que, andando el tiempo, llegaron a adquirir gran poder en el Estado.

Demostró Ciro gran simpatía a los judíos, que adoraban también a un solo Dios y habían permanecido cautivos por espacio de mucho tiempo en el país conquistado por aquél. En los días de su reinado empezaron a salir de Babilonia las alegres caravanas del Gran Regreso, que, a través del desierto, dirigíanse a su tan ardientemente anhelada tierra, entonando por el camino los cánticos que les estaban vedados en el « extraño país » de su destierro.

Sucedió al ilustre Ciro su hijo Cambises, que sembró la miseria y la desolación en su propia familia y en Egipto, adonde fue como conquistador.

Darío el Grande, que, aunque no pertenecía a la familia de Ciro, siguió a Cambises, fue un gobernante vigoroso y enérgico, que supo aplastar las rebeliones que surgieron en las diversas partes de su inmenso imperio y sostener en todo él el orden desplegando al mismo tiempo una rara habilidad en su gobierno. Hay en el Museo Británico muchas tablillas relativas al reinado de Darío, que contienen toda clase de documentos referentes a la venta de casas y terrenos, sociedades, préstamos de plata, etc.

Las inscripciones descubiertas en piedras, y en especial las de la roca de Behistún -que ha resultado ser una valiosa clave para leer la escritura cuneiforme, -nos han enseñado muchas cosas relativas a este rey. Los relatos de sus guerras y conquistas tenían que ser escritos en lenguaje babilonio, escita y persa, a fin de que pudieran leerlos las principales naciones sujetas a su dominio. Ha llegado también hasta nosotros un magnífico retrato de este monarca, tallado en la roca viva, recibiendo la sumisión de los jefes de las naciones rebeladas, atados unos con otros.

Otros retratos de Darío existen en sus monedas de oro y plata que eran de inmensa utilidad en el comercio existente entre las diversas provincias del imperio.

EL REY DARÍO, CAZADOR DE LEONES Y AMIGO DEL PROFETA DANIEL

Un sello cilíndrico de este rey, que contiene su nombre en tres idiomas y su imagen cazando un león desde su carro bélico, nos recuerda los detalles que de él se leen en la historia bíblica del profeta Daniel. En las losas que se conservan, con datos acerca de los reyes asirios, se ven las jaulas en que eran conducidos los leones a los cazaderos desde cavernas semejantes a aquella en que fue encerrado el anciano profeta.

En estos últimos años se han practicado excavaciones en los lugares donde estuvieron emplazadas las grandes ciudades del imperio, habiéndose encontrado inapreciables reliquias que han servido de base a trascendentales estudios. En Persépolis se ven las ruinas del mayor de los palacios, en las cuales se conservan no sólo los cimientos, sino « los más espléndidos tramos de escalera del mundo », y magníficas puertas con toros copiados de los palacios asirios. Vense además las ruinas de los soberbios salones de columnas, mayores que las de las grandes catedrales. Las esculturas nos muestran los guardias y cortesanos persas que prestaban servicio cerca de los soberanos. En Susa, la antigua capital de los elamitas, y en Ecbatana, la gran ciudad de los medos, se ven también ruinas de hermosísimos palacios edificadas por Darío y sus sucesores. Causa asombro, al buscar estas ciudades en el mapa, el considerar la extensión de los dominios de Darío.

DE COMO SOÑÓ EL REY CON DOS IMPERIOS Y LA VOZ QUE SE OYÓ EN UN FESTÍN REAL

Desde los países que rodean al río Indo extendíase el imperio hasta las mares Caspio y Mediterráneo, y se internaba en Egipto, donde abrió Darío un canal que ponía en comunicación el Nilo con el Mar Rojo, o introdujo mejoras en él, por lo menos. Construyéronse por su orden magníficas carreteras que conectaban las diversas provincias imperiales, puentes, posadas, atalayas, y estableció un servicio nacional de correos. Darío pasó también a Europa a través del Bósforo, y llegó a cruzar el Danubio, ensanchando los límites del imperio y preparando el camino para nuevas conquistas en Occidente.

Se aproximaba, empero, una gran lucha. Las provincias del Asia Menor que Ciro había conquistado, estaban habitadas por griegos procedentes del Archipiélago, los cuales eran muy amantes de la libertad y odiaban el gobierno de una monarquía absoluta. El descontento fue aumentando por grados, dando origen a rebeliones (que fueron castigadas de una manera salvaje) y a amenazas de venganza. Darío estaba sobre todo furioso contra los atenienses, quienes, no contentos con ayudar a sus conciudadanos a través de los mares, habíanse negado a acatar las decisiones del gran rey.

Mientras meditaba sus planes para obtener el dominio absoluto de los estados sublevados y de Grecia, y tal vez de toda Europa, refiérese que un día, en uno de sus suntuosos festines, oyó que por tres veces le decían estas palabras: « Señor, acuérdate de los atenienses »

DARIO PASA A EUROPA POR MEDIO DE UN PUENTE DE BARCAS

Entablóse una lucha feroz contra los griegos del Asia Menor, cuyas ciudades fueron incendiadas y cuyos habitantes, que a menudo guerreaban unos con otros, dominados por el número abrumador del ejército de Darío, fueron aniquilados y vencidos; y de este modo, las bellas y esplendorosas costas, con sus islas bañadas de sol y sus encantadoras bahías, convirtiéronse en desiertos, llenos de desolación y ruina.

Y entonces Darío « acordóse » de los atenienses: envió contra ellos un ejército numerosísimo, reclutado en todos los países de su imperio y al mando de su yerno, el cual cruzó el Helesponto (que hoy llamamos los Dardanelos) sobre un puente de barcas- de igual modo que Darío cuando fue a conquistar a los escitas del Danubio- e invadió la región conocida hoy en día con el nombre de Turquía Europea. Abrigaban los invasores la esperanza de aniquilar en poco tiempo al enemigo; pero los temporales hicieron zozobrar sus embarcaciones, les escasearon los víveres, y los fieros habitantes de la Macedonia y la Tracia se hicieron fuertes sobre sus desfiladeros y riscos y lograron cerrarles el camino; de suerte que el ejército se vio precisado a repasar el estrecho sin haber llegado a Atenas.

EL MOMENTO TERRIBLE EN QUE SE DECIDIÓ LA SUERTE DE EUROPA

Pero Darío, merced a los grandes recursos y riquezas de que podía disponer, no tardó en equipar una nueva expedición, que embarcada en 600 naves, cruzó felizmente el Egeo, pasó por la isla de Naxos y desembarcó a corta distancia de Atenas. Fue aquel para los griegos un momento pavoroso, pues se vieron en una situación aun peor que la que se hubiera creado a Inglaterra si la Armada Invencible, equipada por el rey de España Felipe II, hubiese logrado remontar el Támesis y desembarcar en Gravesend el ejército que a su bordo llevaba.

Grande fue la excitación, el descorazonamiento y el espanto de los pequeños Estados de Grecia al tener noticia del desembarco de los ejércitos persas y del incendio y saqueo de sus más bellas y prósperas ciudades.

En la historia de Grecia, que insertamos en otro lugar de esta obra, puede ver detalladamente el lector de que modo hicieron frente los griegos a estos acontecimientos, siendo un hecho notable que, a pesar de combatir estos últimos contra un número diez veces superior de persas, lograron derrotarlos en la célebre batalla de Maratón, obligándolos a reembarcarse en sus naves. Otra nueva tentativa realizada por los persas para desembarcar más cerca todavía de Atenas, fue evitada, y de este modo viéronse obligados a regresar a su país sin haberse cubierto de gloria. Unas cien generaciones de hombres han vivido desde Maratón; pero el resultado de tal famosa batalla afecta todavía al mundo.

EL GRAN EJÉRCITO COMPUESTO DE SOLDADOS DE CUARENTA Y SEIS NACIONES

Mostróse Darío más furioso y decidido que nunca, cuando recibió la noticia de la derrota de Maratón, y juró no descansar hasta que los insolentes atenienses fuesen conducidos a Susa cargados de cadenas. Despacháronse por todos los caminos rápidos mensajeros a pedir a los gobernadores de las provincias que enviasen hombres y dinero; pero antes de ver realizados sus planes, sobrevino la muerte a Darío, sucediéndole en el trono su hijo Jerjes. Era éste un joven apuesto, de carácter alegre, que sentía más afición a la molicie y los placeres que a las empresas bélicas; de suerte que, al principio de su reinado, creyóse que no volvería a pensarse en la conquista de Grecia. Pero, al fin, fue persuadido a proseguir la obra de su padre; y al efecto se llevaron a cabo preparativos enormes para la invasión. El ejército reclutado fue tal vez el más numeroso que jamás se ha visto en el mundo. Refiérese que cuarenta y seis naciones enviaron sus mejores soldados, entre los cuales había hombres de todos colores: negros del África y blancos y cobrizos de las regiones más distantes del Asia. Y estos soldados, con sus diversos trajes y armas, marcharon a la guerra a pie, a caballo, en elefantes, en camellos y en buques.

Jerjes mismo iba en el centro de sus huestes, acompañado de un numeroso séquito de criados y cortesanos, y rodeado de todas las comodidades y el lujo que las más fabulosas riquezas podían proporcionar a un soberano. ¡Qué diferencia con los días de sus Dobres, vigorosos y afortunados progenitores!

Empleó el ejército siete días y siete noches en cruzar el doble puente de barcas, tendido al efecto a través del Helesponto, arruinando a su paso para Grecia numerosas ciudades que tuvieron que suministrarle la enorme cantidad de alimentos que aquella muchedumbre necesitaba, aunque no fuese más que para una sola comida.

UN PUÑADO DE ESPARTANOS QUE HICIERON INMORTAL SU NOMBRE

¡Qué triste se presentaba el porvenir a los griegos! Supieron con horror que aquellas espantosas multitudes avanzaban hacia ellos, dispuestas a aniquilar su país y su reducido ejército; y especialmente en la época en que ocurrían estos sucesos, la situación se hacía más difícil aún por existir entre los pequeños estados que constituían la Grecia celos y resentimientos que dificultaban su unión contra el enemigo común. Los persas tenían que atravesar una cordillera de elevadas montañas que protegía a Atenas por el Norte, y entre ella y los pantanos que se extendían hasta la orilla del mar había un desfiladero, próximo a unos manantiales de aguas calientes, conocido con el nombre de Paso de las Termópilas.

En este famoso lugar libróse una de las más heroicas batallas que registran los fastos de la historia: uno de los pocos hechos de armas en que los derrotados se cubrieron de gloria inmortal. Un puñado de griegos defendieron el paso por espacio de dos días y dos noches

contra las huestes de medos y persas, los cuales se estrellaban contra la inexpugnable muralla que formaban las lanzas griegas. Pero un traidor reveló a los persas la existencia de otro desfiladero, por el que guió al ejército enemigo, a favor de la obscuridad de la noche. Algunos griegos huyeron, pero un grupo de espartanos, acaudillados por Leónidas, decidió vencer o morir, y resistieron hasta el último instante, rodeados por un número abrumador de enemigos, pereciendo todos ellos acribillados por los dardos de los persas. Jerjes logró entrar en Atenas, de la que habían huido casi todos sus habitantes. Pasó a cuchillo a los que se habían quedado, e incendió los edificios más bellos, marchando después a presenciar, desde un alto farallón que domina la bahía de Salamina, la gran batalla naval que iba a librarse. Estaba él convencido sin duda, de que su magnífica flota compuesta de más de mil buques, bien tripulados y equipados, daría buena cuenta de la pequeña escuadra griega, que sólo se componía de 350 naves. Pero al paso que el día fue avanzando, la zozobra y la inquietud fuéronse apoderando de Jerjes, quien saltó al fin, furioso y desesperado, de su trono de marfil, que hiciera llevar consigo, al ver que sus mil naves se amontonaron, chocando unas con otras, en la estrecha boca de la bahía, hundiéndose muchas de ellas. Y hería entonces sin cesar sus oídos el agudo grito de guerra lanzado por los griegos cada vez que lograban introducir la bronceada proa de alguna, de sus naves en el costado del buque enemigo más próximo, abordándolos unos tras otros con ayuda de sus largos arpones.

CÓMO LOS BIZARROS GRIEGOS EXPULSARON DE EUROPA LOS FORMIDABLES EJÉRCITOS PERSAS

Jerjes se enfurecía como un loco cada vez que veía, a sus buques, escuadra tras escuadra, virar de bordo y abandonar la bahía. Pero él también acabó por huir a su patria, dejando a su general el encargo de terminar la campaña con un número de hombres triple del que los griegos podían reunir. Tres meses después, estos restos del gran ejército persa fueron aniquilados y dispersados en la batalla de Platea, terminando de este modo las guerras de los persas en Europa, gracias a la bizarría de Grecia, que durante doce años logró tener a raya a los mayores ejércitos que hasta entonces se habían congregado.

En los aciagos días en que el Asia amenazaba con conquistar a Europa, había nacido en Alicarnaso, uno de los Estados griegos del Asia Menor, un niño, el cual sólo contaba cuatro años de edad al librarse las batallas de Salamina y las Termópilas. Cuando creció, propúsose, como objetivo principal de su vida, escribir una extensa relación del modo de ser de los persas y de las guerras que sostuvieron con los griegos, y para ello procuró recoger el mayor número de datos posible, en todas las regiones del imperio. Nos referimos a Herodoto, el Padre de la Historia, que lo mismo admiró el Nilo y los grandes monumentos de Egipto, que las formidables murallas, los jardines colgantes y los templos de Babilonia. Muchas de sus maravillosas narraciones ha patentizado que son fábulas; pero en su ameno y difuso estilo nos refiere muchos hechos reales, entremezclados con la ficción, que poseen el inmenso interés de ser relatados por un testigo presencial de los mismos, o que los oyó referir de viva voz a los que intervinieron en ellos.

LA BELLA REINA DE PERSIA CUYA HISTORIA REFIERE LA BIBLIA

Para conocer los detalles de la vida de la corte de Jerjes, podemos recurrir al Libro de Ester, de la Biblia, pues son muchos los que creen que el rey Asuero de esta historia es el mismo que fue conducido de un lado para otro en su trono de marfil, y que mandó arrojar grillos al indócil Helesponto, en castigo de haber éste, con sus tormentas, destruído el primer puente

de barcas. Sea de ello lo que quiera, completando las visiones de los suntuosos palacios que se bosquejan en las desenterradas ruinas de Susa y de Persépolis, con los vivos relatos de la vida que en sus cortes se hacía, podremos formarnos una idea bastante exacta de cómo transcurría la existencia de los soberanos de Persia en la época de su inmenso poder, tal como la presencié la bella y patriótica judía que llegó a ser reina de tan poderoso imperio.

También hace la Biblia mención de Artajerjes, uno de los hijos de Jerjes, por tener un copero judío llamado Nehemías, a quien permitió que abandonase su corte y fuera en ayuda de sus hermanos a la reedificación de las murallas de Jerusalén y reorganización del gobierno del Estado judío.

Durante el reinado de Darío II, otro de los hijos de Jerjes, perdió Persia el Egipto, que había dominado, a pesar de sus frecuentes rebeliones, por espacio de más de cien años. Otras señales indicaban también que el gran imperio comenzaba a desmoronarse.

CAIDA DE LA MONARQUÍA PERSA Y ENCUMBRAMIENTO DE ALEJANDRO

Una de estas principales señales eran las intrigas y luchas entre los nobles y príncipes, que llegaron a su punto culminante cuando los dos hijos de Darío II se disputaren el trono. Ciro el joven, convencido de que los soldados griegos eran mejores que las tropas reclutadas en diferentes regiones del Asia, tomó a sueldo 13.000 griegos para que le ayudasen a luchar contra su propio hermano. Ciro perdió la vida, y su ejército fue derrotado en Cunaxa, cerca de Babilonia. Los griegos, cuyo número quedó reducido a 10.000, abrieron paso hasta la costa, acaudillados por Jenofonte, el famoso historiador, teniendo que vencer grandes dificultades.

Entre las muchas cosas que estos soldados contaron a sus conciudadanos al regresar a su patria, pudieron describirles el estado de degradación en que se hallaba sumida la monarquía persa, a causa de la molición y el lujo, de las luchas intestinas, de la debilidad de los gobernantes y de la ambición de los sátrapas o gobernadores de las provincias, ponderándoles además lo mal organizado que se encontraba su ejército.

Por espacio de algún tiempo mejoró bastante el estado de los asuntos de Persia, bajo el reinado del enérgico rey Artajerjes III, quien subyugó de nuevo al Egipto y sofocó numerosas sublevaciones de los países mediterráneos. Pero su reinado fue corto, pasando después la corona a Darío III, monarca de los más débiles e infortunados de Persia, el cual tuvo que hacer frente a un general famosísimo en los fastos de la historia: Alejandro Magno.

Era Alejandro rey del Estado griego de Macedonia. Su padre, Filipo, que conocía los relatos de Jenofonte y sus soldados, había muerto mientras meditaba los planes para la invasión de Persia, y Alejandro sintió verdadera ansiedad de llevarlos a término, poniéndolos en ejecución sin demora.

MARCHA TRIUNFAL DE ALEJANDRO, QUE ANIQUILÓ EL IMPERIO PERSA

Habiendo cruzado el Helesponto en el año 334 antes de Jesucristo, obtuvo, una tras otra, numerosas victorias en el Asia Menor, Fenicia y Egipto, con su bien disciplinado ejército, y al tercer año de su expedición ganó una de las más grandes batallas del mundo, cerca de Arbelas, en la cual se decidió virtualmente la lucha. Las grandes capitales, Babilonia -que a la sazón había perdido gran parte de su pasada grandeza, Susa y Persépolis, rindiéronse al poder de sus armas, siendo esta última incendiada y destruida hasta sus cimientos. Se cree que este incendio desastroso fue debido a una insensata venganza, en represalia de las atrocidades que los persas cometieron en Grecia.

El infortunado Darío III fue asesinado poco después, por uno de sus propios sátrapas, extinguiéndose así por algún tiempo el imperio fundado por Ciro el Grande unos 200 años antes.

Refiérese que Alejandro visitó la tumba, que aun subsiste, de este rey, y que leyó esta inscripción: " Yo soy Ciro el Rey. "

Por espacio de muchos años habían guardado los sacerdotes el ataúd de oro que contenía las cenizas del fundador de la monarquía medo-persa, destruido en la actualidad.

Alejandro no volvió jamás a Grecia. Prosiguiendo su camino, cruzó el Indo y llegó al Asia Central; fundó numerosas ciudades, que hizo colonizar por los griegos, y fijó su capital en Babilonia. Mas su muerte prematura impidióle poner en práctica los vastos proyectos que había concebido para organizar como un gran imperio los inmensos dominios greco-persas que había conquistado.

INVASIÓN QUE PRIVÓ DE SU LIBERTAD A LOS PERSAS DURANTE 400 AÑOS

A su muerte, disputáronse sus generales la soberanía del imperio de un modo encarnizado, durando muchos años el cielo de asesinatos, conspiraciones y derramamientos de sangre, basta que uno de esos generales, llamado Seleuco, fundó una dinastía de reyes griegos, en Persia, denominada, en su honor, de los Selúcidas, 312 años, aproximadamente, antes de Jesucristo. Su capital fue Seleucia, situada a orillas del Tigris.

Los soberanos y colonizadores griegos lucharon con inmensas dificultades, teniendo los sucesores de Alejandro que sofocar constantes rebeliones y disturbios, hasta que por fin fueron perdiendo terreno gradualmente.

Más tarde, cuando los persas empezaban a acariciar la idea de recuperar su perdida independencia, surgió inopinadamente en el Asia Occidental una nueva y vigorosa potencia, que estableció un imperio del cual viéronse aquéllos obligados a formar parte como provincia subordinada.

Los recién llegados eran de la misma estirpe que los medos y los persas, aunque no tan inteligentes y refinados, y se les conoce en la historia con el nombre de partos, el cual deben al del país situado al Norte de Persia, del que se desterró voluntariamente esta tribu cuando vieron que les era imposible mantener su libertad contra los colonizadores griegos de la remota Bactriana.

Muy poco sabríamos de los partos, que dominaron a Persia durante más de 400 años, a no ser por el hecho de que, más adelante, sostuvieron constantes luchas contra los romanos, cuyos historiadores nos han legado noticias relativas a los héroes principales de esta raza. Por fortuna también, poseemos muchos de sus retratos, grabados con vigor y claridad, y que se han conservado incólumes desde la época en que fueron copiados del natural, hace ya muchos siglos.

LUCHA ENTRE PARTIA Y ROMA POR EL IMPERIO DE ORIENTE

Bien ajenos estarían Mitrídates el Grande, Orodes y tros héroes partos, de que imágenes grabadas en sus monedas habían de ser, muchos siglos después, ávidamente buscadas para formar una galería de retratos de su raza. En el Museo Británico pueden verse muchos de dichos retratos, entre los de los gobernantes que rigieron los destinos del Asia Occidental antes y después de la época a que nos referimos. La historia de Roma narra cómo los poderosos ejércitos romanos marcharon hacia Oriente para atacar a los partos, una y otra vez, cual se estrellan las olas contra la roca viva de una costa acantilada. En unas ocasiones, la suerte favorecía a los romanos, en otras, a los partos; pero al fin,

cuando el imperio parto amenazaba ya derrumbarse, su último rey, Artabano, hacia el año 216 después de Jesucristo, infligió a los romanos dos abrumadoras derrotas y les arrancó una indemnización de guerra muy crecida.

Como diez años después tuvo efecto la tan escrupulosamente preparada y tanto tiempo aplazada insurrección de Persia, que logró sacudir el yugo y hacerse independiente. Artabano fue asesinado, y empuñó las riendas del nuevo Imperio Persa, o Sasánida, un rey llamado Artajerjes I, o Ardesxir, descendiente de la antigua estirpe real.

Por espacio de seis siglos habían permanecido los persas sometidos a la coyunda extranjera: primero, a la de Alejandro y sus sucesores; después, a la de los partos. Pero jamás se apartó de sus mentes durante todo ese tiempo el recuerdo de sus antiguas glorias, la pureza superior de su religión, ni las esperanzas futuras de su raza.

PERSIA SE ENGRANDECE DE NUEVO, AL CABO DE CENTENARES DE AÑOS

Llegado el momento oportuno, sobrevino una revolución certera y rápida, y el vetusto imperio persa surgió de nuevo a la vida. En el reverso de las monedas que ostentan el busto de Artajerjes aparece el fuego sagrado mantenido por un sacerdote, para demostrar el carácter religioso del resurgimiento y reconstitución del imperio. Los ídolos de los partos fueron destruidos, y los magos o sabios que predicaban la antigua religión de Zoroastro, fueron congregados en Persépolis y dióseles una parte importante en el gobierno del Estado.

En esta época fue cuando se pusieron por escrito los sagrados preceptos y sentencias, los cuales pueden ser leídos hoy día en el Zend-Avesta, o Biblia de los persas, que sigue siendo aún la guía de muchos hombres virtuosos y cultos: los parsis de Persia y la India.

Artajerjes, al restablecer el gobierno, dióle una forma muy semejante a la estatuida por Darío el Grande. Numerosas obras de arte de los tiempos sasánidas han sido recuperadas de entre las ruinas de sus grandes ciudades, dándonos a conocer cuán grande eran la riqueza y magnificencia y el amor a lo bello de estos siglos de resurgimiento nacional.

Muchas fueron las guerras que tuvieron que sostener los reyes de la dinastía sasánida, algunos de los cuales fueron excelentes generales. Entre ellos sobresalieron dos reyes llamados Sapor y otros dos denominados Cosroes. El primer Sapor obligó a rendirse con todo su ejército al emperador romano Valeriano, suceso que fue inmortalizado en una escultura grabada en una inmensa roca.

UNA CARRERA DESENFRENADA HACIA LAS PUERTAS DE LA CIUDAD DE CTESIFONTE

El segundo Sapor derrotó al emperador Juliano en una encarnizadísima campaña. Los romanos tenían en el Éufrates un gran número de embarcaciones y en una escultura grabada sobre una roca se ve a Juliano transportando su flota y su ejército del Éufrates al Tigris, siguiendo un canal que une ambos ríos, y atacando al ejército persa con sus elefantes y carros. Después tuvo lugar una desenfrenada carrera hacia la importante ciudad de Ctesifonte. Los persas llegaron primero y cerraron las puertas a sus perseguidores.

Al final de esta interesante campaña encontró el gran Juliano la muerte, viéndose su sucesor obligado a aceptar las condiciones que Sapor tuvo a bien imponerle, que fueron tales como los invictos romanos no habían escuchado jamás.

En los reinados de los dos Cosroes suscitáronse los conflictos con los emperadores de Oriente, Constantino y Heraclio, que hemos referido ya en otro lugar de esta obra.

PERSIA PERMANECE BAJO EL DOMINIO DE SUS NUEVOS CONQUISTADORES POR ESPACIO DE OCHO SIGLOS

Los conquistadores del Imperio de Oriente lo fueron también de Persia. Cuando el famoso estandarte de cuero el delantal de herrero tachonado de diamantes y otras piedras preciosas cayó en manos de los mahometanos, después de tres días de lucha desesperada, la nación que, con la vista fija en él, había tantas veces marchado a la victoria desde los remotos días anteriores a Ciro, fue subyugada y permaneció bajo el dominio del conquistador durante más de ocho siglos.

La independencia y religión nacionales extinguiéronse; pero se mantuvieron vivos el espíritu, la destreza y el valor de la nación, hasta que por fin llegó la época en que Persia volvió a resurgir con nueva vida y vigor; y con justo motivo puede enorgullecerse, aún hoy día, de sus glorias y grandezas pasadas. En otro lugar de esta obra tratamos de su historia moderna.

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).



editorial del cardo